

Marisol Segovia

ENSUEÑO

Pasé la mayor parte de la noche mirando la grieta del techo de mi habitación. Era una ese que se alargaba, cuando la visión de mis ojos entornados caía en un olvido del resto de mi cuerpo, sintiéndome extrañamente transportado al techo. Luego mi mirada regresó a las cosas más próximas, y fue humedeciéndose sin llegar a derramar nada. Entonces una pantalla negra me cubrió, pareciéndome distinguir sobre ella la misma estela de luz que se colaba por la hendidura de la puerta momentos antes; alumbrando secretamente mis zapatos bajo la cómoda, al igual que si mis ojos continuasen abiertos. Eso me hizo pensar que la mirada de las cosas era la que detenía mi sueño, desde su cegadora vigilia del transcurso de la noche. Así, frente a la pantalla que me tapaba, pasaron en semicírculo infinidad de espectros: algunos brillantes, otros verdosos; caminando densamente en la oscuridad, y cuando yo intentaba ver la desaparición del primero, uno nuevo salía por el otro extremo de la pantalla, tan idéntico, que de no haber sido por la rapidez de su llegada, hubiese dicho que fue el mismo de antes.

La pintura levantada del techo, era como el ala abierta de un pájaro, o el perfil de un hombre con la barbilla y los ojos entumidos. La boca trazada en la curvatura que la capa saliente formaba en contraste con el techo restante: era un impulso de voz, que llegó a angustiarme por largo rato; temiendo que en cualquier momento comenzase a hablar y sus palabras me hicieran quedar callado, por lo que dejé de mirarla y volví a cerrar los ojos. Bajo las sábanas el cuerpo de Angélica gira de vez en cuando, pero sin desprenderse por completo de los movimientos lentos del sueño, de gato perezoso que se estira y acomoda en la calidez de una alfombra. El ruido de algún coche cruzando la avenida, apartaba de mí a las figuras luminosas del insomnio, y mi cuerpo se erizaba: más que sorprendido, molesto por la interrupción que hacía tal estrépito a la interminable persecución de esas imágenes sobre mis párpados caídos.

La cigarrera se llenó de huecos en espera del sueño, de la misma manera que el cenicero lo hizo de colillas y cigarrillos olvidados, que se consumían perdidos en alguna espiral de aburrimiento. Mientras tanto, yo, que en la penumbra no alcanzaba a verme reflejado en el espejo frente a la cama, seguía el juego de buscar que la punta de mi cigarro arrojara sobre mi piel su fugaz luz anaranjada en el momento de inhalar el humo, haciéndose mi cara visible por un instante: con el mismo fulgor de un metal al rojo vivo. Pero luego mi cara era otra vez oscuridad, y en ella se distinguía únicamente la luz de mi cigarro, tan engañosa como la de una luciérnaga. Sí; lo que tenía entre los dedos me pareció uno de esos insectos, muerto al momento de encenderse, pero sin que la muerte terminara con su brillo; o tal vez sólo fuese una luciérnaga sin voluntad.

Fue una noche tranquila. La playa junto al espejo comenzó a

mirarme más tarde. Es un viejo retrato que debí comprar en alguna mañana de sábado, cuando el ocio me hace recorrer vertiginosamente los escaparates de las tiendas de antigüedades; y me llevó a pensar en los ratos en que sobre la arena mojada de la playa donde transcurrió mi adolescencia, me recostaba esperando que los impulsos de las olas mojaran mi espalda y cabeza tendidas. Cerraba los ojos, aguardando que la delgada capa de mar me sorprendiera, o que muchas veces sólo aparentara hacerlo; ya que mi deseo de sentir la ola se tornaba en impaciencia, cuando el sonido del mar se intensificaba al igual que si alguna concha en forma de caracol se adhiriera a mi oído. Me desilusionaba cuando alguna ola no era lo suficientemente alta para llegar hasta mí: rompiéndose en espuma delante de mis pies; hasta el punto de pensar que mis sensaciones anteriores: cuando las olas sí llegaban hasta mí, sólo las había imaginado.

Mi mano formaba figuras sobre la arena húmeda, o bien los nombres de lugares y personas que repentinamente venían a mi cabeza. Luego, cuando el agua después de mojarme regresaba al mar, la alfombra dorada quedaba lisa nuevamente, y yo me alegraba al pensar que el océano, como una inmensa memoria, guardaría mis dibujos haciéndolos vivir en su fondo, aunque yo no volviera a mirarlos; de tal forma que vibrarían de la misma manera que la arena lodosa lo hace bajo el agua. Por eso hundía cada vez más mi dedo en las nuevas figuras, como si con ello asegurase su permanencia en el azul del mar.

Me rodeaba de burbujas casi continuas en los espasmos que el mar sobre la playa quebraba en olas, en ese tapiz blanco donde más que espuma, sus capas eran nubes dispersas que sin llegar a opacas, retenían momentáneamente un prisma de luz, donde mi mirada se transparentaba, hasta llegar a ser otra burbuja más. En esa bruma, el cielo se mostraba sobre el mar; cuando yo intentaba retener a las nubes de espuma entre mis brazos, que corrían al igual que si el tiempo quedara preso en el horizonte, viniendo hasta mí como las olas en pequeñas ráfagas, para dejar ver sólo una parte de su totalidad. Todas ellas después de tocarme corrían a un lugar desconocido, como si la quietud fuese una muerte temida, o la soledad les hiciese escuchar su voz por primera vez; por lo que corrían al llamado de una música que nunca alcanzaban a tocar.

Las nubes cerca del sol eran tan rojas, que su color parecía inherente a ellas. Y como si el rojo de serlo tanto ya no pudiera ser más intenso, las nubes cambiaban a violeta, para que en ese tono fueran viéndose más y más de cerca los reflejos oscuros del mar, cuando el sol anunciaba el declive del atardecer en noche, quedando la luz tan sólo en el vapor de la brisa, de la misma manera que el rastro de alguna aventura pasada se encuentra sólo en el aliento de la voz que la narra.

“Rafael ya no es un niño”: solía decir Sofía, la amiga de mi

madre, durante sus interminables charlas con mamá en el saloncito junto a la terraza. Pero algunas veces sus palabras parecían dirigirse a mí aunque Sofía no dejara de mirar el rostro de mi madre. Esto ocurría cuando, para llegar a mi cuarto, yo tenía que pasar de largo frente al lugar donde las dos conversaban; y Sofía, que con el rabllo de su ojo me veía venir, aprovechaba ese momento para hablar de mi repentina transformación en joven. Después la amiga de mi madre volteaba sonriente a mirarme, pero en la duración de todo esto, yo me encontraba a media escalera, y sin inmutarme simulaba no haber escuchado nada. A pesar de ser simplemente una visita, Sofía llenaba la casa en tal forma, que todo el mundo, excepto yo, veía como algo acostumbrado y hasta necesario sus constantes intromisiones en los asuntos de la casa: Sofía dando órdenes a las sirvientas; Sofía cambiando de lugar los adornos de la sala; Sofía trayendo hierbas y remedios del mercado para papá; etcétera. Todo esto hacía que la amiga de mi madre formara parte de la monótona rutina familiar de la que yo tanto trataba de alejarme.

Algunas veces visitaba mi habitación. Tocaba levemente a mi puerta, preguntándome si podía pasar. Adentro, posaba sus voluminosas caderas en mi sillón favorito de lectura, al que abandoné al escuchar sus pasos en el umbral, reprimiendo una exclamación de fastidio al presentir su intromisión en mi cuarto. Sofía desde su lugar miraba el acomodo de todos los objetos, como si tratara de encontrar los brotes de atracción que los muebles y adornos surtían en mí, y al hacerlo surgiera alguna justificación a mi estancia por tantas horas en aquel lugar. Sonreía casi todo el tiempo, llenándose el contorno de sus ojos de pequeños pliegues, y su boca de frecuentes espacios de oscuridad entre los dientes.

Una de esas tardes llegó triste, silenciosa, como si quisiera decirme algo y las palabras no encontrasen su voz. No hablaba, no me miraba ni miraba a ningún sitio en especial, pero su visita me hizo sentir solo, solo ante la presencia de otra soledad tan aguda quizá como la mía, y que sin unirse a ésta la tocaba tan de cerca como el viento a las hojas de lluvia, o como esas gotas el cristal de una ventana.

Por un momento creí descubrir a otra Sofía: cuando no hubo nada que decir en aquella habitación y vagaba entre las cosas nuestra separación, nuestros pensamientos disgregados, que entonces parecieron hilarse en silencio, al darnos cuenta que estábamos solos. Pero luego volvió a ser la de antes, la que hablaba desmesuradamente y sin esperar respuesta, cuando tomó uno de mis libros comenzando a describir la extraordinaria sensibilidad de uno de los personajes. Mientras ella proseguía con su narración, yo observaba a la mujer de la casa de enfrente tendiendo alguna ropa en la azotea. Cada vez que se agachaba para tomar una nueva prenda y fijarla en el alambre, unos mechones de pelo caían sobre su frente y ella los quitaba con un leve manotazo. La mujer



debería tararear la melodía de alguna canción, o tal vez pensar en su marido pronto a llegar del trabajo. Desde mi ventana veía cómo los rutinarios actos de la mujer daban un extraño movimiento a la azotea, recordándome su figura el cada vez más lento balanceo del péndulo de un reloj, cuando la cuerda está próxima a terminar. Los rayos del sol se tendían sobre la blanca ropa, viéndose en algunas partes dorada su claridad, de la misma manera que cuando el vapor ligero de alguna nube cubre al sol de medio día, y el círculo solar, sin desaparecer, se transparenta sereno para la mirada.

La mujer se apoyó en el barandal de cemento al terminar su trabajo. Entonces el sol se ponía a mis espaldas, y cuando ella por un momento miró hacia mi ventana, debió ver tan sólo las sombras del atardecer de una habitación, sin distinguir que yo la observaba, imaginando lo pequeño que parecería el mundo de abajo para su mirada en la altura. ¡Qué grande era su figura de sombra sobre la sábana tendida! Era como un espectro que seguía sus movimientos y los imitaba; pero ella, indiferente, no lo miraba, no sabía que una callada figura la acompañaba fielmente: una figura que según la hora del día, era empujada hacia atrás o hacia adelante por los rayos del sol que la tendían sobre el piso. Su sombra se quebraba sin romperse, quedando una parte en el barandal y otra en las prendas de ropa colgadas. Recargó su mano sobre la pared de

mosaico de la azotea, pero como si en algún momento la olvidase, la mano resbalaba por los rectángulos del muro lentamente hasta llegar muy cerca de su falda. Entonces la mujer volvía a tomar conciencia de su mano, y la recargaba nuevamente en el mosaico. Pero al igual que si su pensamiento volara por los jardines y ventanas de las otras casas, otra vez la olvidaba dejándola caer.

De la misma manera que la mujer se separaba de su mano y de la pared con su mano, yo lo hacía de Sofía, de su conversación y de todo lo que me rodeaba; pero luego la azotea quedó sola, y yo regresé con Sofía. ¡Cómo deseaba que saliera de mi habitación la amiga de mamá!, pero su charla era tan inocente, que no parecía notar que yo deseaba estar solo, que iba a esperar ansiosamente a que la ropa se secara para mirar otra vez tan de cerca a la desconocida.

Esta noche la luz entra por mi ventana más azul que otras veces, haciéndome pensar que Sofía era algo muy delicado, que me hablaba desde un mundo donde la juventud pasada se encierra en una visión inmutable de la realidad. Tal vez fue tan bella como lo es ahora Angélica que a mi lado duerme, en una ausencia que me permite tocar nuestras vidas sin que ella lo note. Angélica no sabe que miro ese cuadro, que lo he mirado por muchas horas, hasta que sin darme cuenta la noche empieza a quedar atrás. De la quietud casi completa, los pasos y voces de afuera anuncian al día. Se hacen tan sonoros que la gente no parece estar afuera sino en la habitación de nuestra casa, donde la respiración de Angélica se acerca a lo más profundo de las cosas que nos unen, haciéndome reprimir el intento de tocar su pelo sobre la almohada tendido, como una madeja de hilo dorado. Así, mirándola, tratando de seguir la línea de su respiración, su figura liviana hace más completa su entrega que no espera nada, y el mundo que ella crea en su descanso, nos lleva a los dos a otro lugar que es este mismo cuarto, en donde surge todo aquello que no podemos decir. Sí, tal vez Sofía fue muy bella.

Vuelvo a estar en esa playa, viendo al igual que años atrás, el camino real de reflejos de luna sobre las olas vírgenes del mar. Los hilos de luz llegaban a la arena, y yo los sentía tan firmes que pensé caminar por ellos chocando con la dirección de las olas, llevando sólo el ligero paso de mi deseo, que caminaría sin huellas hasta el lugar de donde las olas parten.

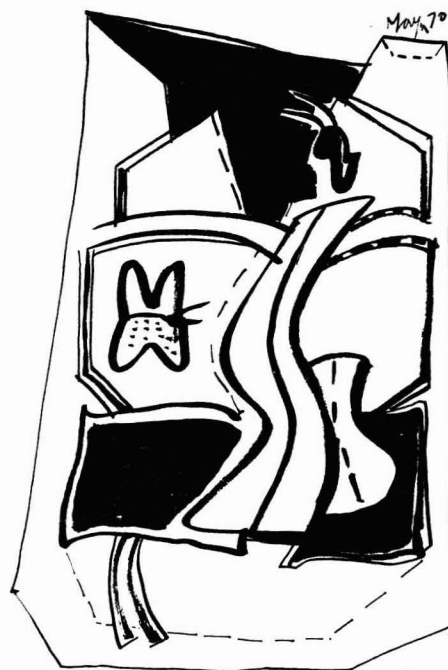
León era mi amigo. Con él nunca hablaba de mis lecturas, no porque no las entendiese, sino porque lo que juntos vivíamos se convertía en el fondo de una gran historia. Era como la experiencia de un libro que nunca se escribe, que nunca se lee y sólo se vive. Por eso no quedaba tiempo para hablar de mis lecturas, a las que imaginaba separadas de las páginas del libro, cuando cada frase era una imagen que aparecía dentro de mi cuarto, y cada personaje era mi propia descripción. ¡Qué fácil me era estar en otro lado!, convertirme en un niño o en una joven mujer. Nadie sospechaba



mis aventuras silenciosas de lectura, sólo mis muebles guardaban el secreto porque con ellos también viajaba, o los lugares se colocaban sobre ellos, cubriéndolos de leves manchas que sólo yo notaba. Pero con León todo esto cobraba realidad, y las imágenes aparecían sin tener que leerlas, como la experiencia que a los personajes de una novela se les niega. Mi amigo me enseñaba a mirar las cosas de una manera simple, revelándose en ellas un encanto especial, que me hacía pensar que León nunca había dejado de ser niño, sino que esa infancia se había entrelazado a sus años de madurez, al igual que si cada día, en lugar de envejecer, se hubiese recluido en su primer templo, y desde ahí contemplase al mundo a través de un círculo de cristal donde sólo la belleza entraba. Pero ésta tal vez no estuviese únicamente en las cosas sino en el interior de su mirada, en el foquito de luz del centro de sus ojos pardos que hablaban sin pausa, enrojeciéndose al tomar contacto con la palabra de las cosas, del paisaje, cuando todo se fundía quedando en el espacio entre sus ojos y lo que León miraba. Yo empezaba a sentir lo mismo, y nuestros ratos de silencio o de alegría hacían que me preguntara qué era lo verdadero: si mi espera de llegar algún día a una meta, o los pasos de León que no esperaban ninguna, que sin buscar nada a cada momento lo hacían el más importante, y se comportaba con la serenidad del que lo ha alcanzado todo.

León era un negro de facciones finas, bastante más alto que yo entonces. Sus manos eran suaves y firmes, y cuando sujetaban la cuerda del velero donde a veces paseábamos eran un tronco espeso y flexible que al abrirse mostraba una palma rosada, en la cual las líneas, que Sofía llamaba del destino, hacían de su piel el anverso de la hoja de un árbol. Ahora no puedo evitar que la manera como conocí a León se encuentre presente en mí, ni tampoco el momento anterior a hacerlo, cuando me encontraba por la capilla después de rezar el último rosario de mi padre, que había muerto dos semanas antes tras una larga y silenciosa enfermedad. Unos minutos antes de que la ceremonia terminara, desde mi reclinatorio en la última fila miré las cabezas de todos los asistentes que eran en su mayoría mujeres. Por lo que el velo dejaba ver de sus peinados o por el volumen de sus espaldas, yo intentaba averiguar de qué persona se trataba, pero el color negro de sus ropas las hacía a todas impersonales y casi irreconocibles, inclusive cuando pude verlas de frente. Al ponerme de pie para salir, dos pequeños círculos quedaron grabados en el plástico del reclinatorio: eran mis rodillas; y en esos segundos, en esos instantes tan cortos y tan largos en que el plástico volvió a ser liso, sentí cómo aquellas hendiduras se metían entre mis piernas y las hacían doblarse. Puse mi mano en la pared, sin lograr, como la mujer que tendía la ropa aquella tarde, olvidar que era mía, sino al contrario, sintiendo que la necesitaba para no caer, para no pensar que el recuerdo de mi padre quedaría olvidado, y tratando de detenerlo detrás de las columnas de mármol o en la tela dorada que cubría el altar. Por fin las mujeres enlutadas y los hombres con su corbata de domingo formaron una fila entrecortada que se desvanecía cerca de la puerta en pequeños grupos. Mi madre caminaba del brazo de Sofía, serena, con una expresión de ausencia que no llegaba a ser dolor. Al verme, dejó de caminar y me miró. Estuve tan cerca de ella que no hizo falta que le dijera nada, pero luego estuve tan lejos que me fue imposible continuar mirándola, y la gente empezó a pesarme como curvas que me delineaban, dejándome afuera en mi realidad.

Salí de ahí sintiéndome a la vez que liberado, con una inmensa nostalgia por todas esas tardes de rosario que entonces terminaban. Tomé el camino de la playa para llegar a casa. Sobre la arena desierta las pisadas eran pescados que se movían al igual que la línea luminosa del cine de la avenida. Mi mirada resbalaba siempre por el rectángulo de la entrada al espectáculo, a la misma velocidad que la chispa intermitente lo hacía cambiando sus colores. Deseé que algo inesperado ocurriera para no llegar a casa. Algo así como una tormenta que me obligara a resguardarme bajo un techo cercano; o bien una imposibilidad física. Pero nada de esto ocurrió, y el camino fue tan corto y agradable que me detuve a descansar. Cuando más solitario estaba todo, tanto que yo mismo era un intruso, tuve la sensación de ser observado desde



muy cerca. Al principio pensé que era mi propia mirada vigilando mis movimientos, como tantas otras veces; pero luego tuve la seguridad de que era otro el que me miraba. Entonces giré la cabeza y vi que León estaba sentado atrás de mí, descalzo, tratando de dar forma al pedazo de madera que tenía entre las manos, mientras la viruta caía a sus pies. A pesar de que antes lo hacía, en ese momento León no me miraba, tal vez avergonzado porque había yo notado su insistencia anterior. Lo blanco de sus ojos sobre la tez morena eran tan brillante, que me señaló mejor aún que la misma pupila la dirección de su mirada cuando por fin me miró.

“¿Quieres sentarte a mi lado?” Me dijo haciendo a un lado la viruta que sobre la arena formaba una pequeña montaña. Al moverla, la madera espumada rodó hasta mí, y quedaron adheridos a mi ropa multitud de caracoles blancos.

Me empujé con los brazos hacia atrás.

“¿Qué haces?” le pregunté.

“No lo sé; mis manos empiezan a trabajar dejando que la forma vaya saliendo sin que yo la haga, hasta que llega el momento en que ella misma me dice que está terminada; entonces trato de averiguar lo que significa. Luego pienso cómo sería la misma figura si alguno de sus lados fuera más ancho, o tal vez hubiera quedado saliente; por lo que comienzo con una nueva que de ningún modo

puede ser la anterior, y surge la misma pregunta. Veremos que sucede con ésta."

Le dije que quería verla, pero León, en lugar de mostrármela, respondió que debería esperar que estuviera terminada, y sin mirarme continuó trabajando en la figura. Yo alargaba mi cuello para distinguir lo que mi amigo hacía, pero alcancé a ver muy poco, ya que sus manos rodeaban el trozo de madera casi por completo. Lo que vi era una especie de cono que en su extremo angosto se dividía en dos partes delgadas. León hundía la navaja con rapidez, soplando ligeramente para que el polvo de madera se desprendiese.

Luego, cansado de esperar que León me enseñara la figura, empecé a hablar de mi padre, más que para que mi amigo lo escuchara, para escucharlo yo. Recordé mis días de niñez, cuando el miedo a la oscuridad me obligaba a abandonar la cama y buscar la compañía de papá. El me recibía con cariño, y juntos mirábamos las estrellas a través de las cortinas. Yo, que en ese tiempo aprendía las letras, las dibujaba sobre el cielo con líneas de unión entre los pequeños resplandores. Alguna nubecilla cubría por un instante la luz de las estrellas, y al seguir su camino movida por la brisa, parecía que las constelaciones iban a seguirla. Mi padre decía que cada estrella representa la vida de alguna persona que en el sueño ocupa ese lugar, por lo que en la altura se puede mirar a todos sitios, y nos encontramos con infinitud de rostros que en el sueño nos parecen nuevos, y esto es porque también ellos duermen y la noche los envuelve como si viviera por ellos. En ese rato en que León trabajaba en su figura empecé a mirar el cielo de la noche, de la misma manera que cuando niño lo hacía con el brazo de papá entre mis manos, temiendo que en cualquier momento se levantara y me dejase solo. Luego él se dormía, pero yo me quedaba despierto un buen rato más, recordando sus historias, a la vez que me confundía con la luminosidad del poste de la calle, que alcanzaba con sus rayos la puerta y la parte media del sillón. Siempre trataba de no dormirme para ver el momento en que las estrellas desaparecerían, pensando que la mía no estaría ahí porque estaría yo despierto. Esperaba que con la mañana la estrella de mi padre descendiera hasta él, pero nunca lograba hacerlo y me quedaba dormido.

"¡La terminé!" dijo León, dándome algo que parecía una boca de labios excesivamente prolongados hacia la garganta. No quise hacer ninguna observación por temor a no acertar a lo que mi amigo había intentado hacer, no obstante que la figura empezaba a perturbarme y hubiera dicho muchas cosas acerca de ella. Sin embargo él esperaba que yo dijese algo, separando sus labios como si la respuesta a lo que yo dijera estuviese pronta a salir por la ranura donde sus dientes brillaban, de la misma manera que los anteojos de mi padre sobre la cómoda lo hacían en la oscuridad de su cuarto.



Intenté decir algo, más que por la figura, por lo que León esperaba de mí; y el temor a decepcionarlo con mi respuesta, hacía que cualquier intento de voz quedara detenido en la garganta. Sentí ganas de llorar, al igual que si las palabras no dichas quedaran oprimidas en mi cuello por la mirada de León, en una masa que agitaba mi pulso. Después dejó de mirarme para pasar nuevamente la navaja sobre la pieza de madera, y limpiarla de las astillas prendidas a la superficie. Sus labios se parecieron a la figura, cuando soplaba sobre ella y su aliento ocupaba el lugar de las astillas.

"¿Te gusta?" dijo pasando la mano por su rizada cabellera.

"Sí"

"¿Qué te parece?"

"Es... como un silencio, pero que no proviene de esa boca... no sé, es algo más." Me sentí aliviado cuando no vi ninguna expresión de burla en su cara. Se quedó callado un rato más, y después me dijo:

"Para mí es todo aquello que está detrás de mis palabras, o esas palabras que nunca pronunciaré pero que adivino están en algún sitio, tan silenciosas que no puedo más que callar, callar ante su espera o mi espera que no aguarda nada; pero ahí están, tal vez las tuve y no las reconocí, o las olvidé y tengo nostalgia de su recuerdo."

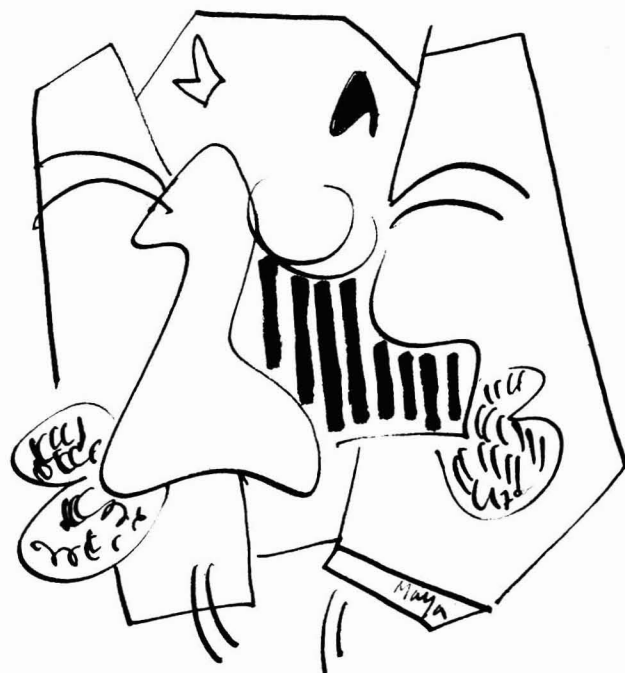
"Es tu boca" le dije por decir algo.

"Sí, quizá lo sea, una boca dormida que no sé si despertará alguna vez, o tal vez en una vigilia tan intensa que me adormece. Pero algún día tú tendrás una igual cuando notes que desde hace tiempo existe, que está fuera de ti, pero que muchas veces habla en tu lugar y no lo notas. Tratas de tocarla como al horizonte engañoso, que se quiebra como tu sombra en la luz. Cuando la encuentres verás de muy cerca la soledad, una puerta hacia adentro y hacia afuera, donde la voz se queda en un peldaño anterior a su salida, y sientes miedo de detenerte a su lado. Esa boca será sólo para ti, y a nadie podrás decir que la has encontrado porque no te escucharían."

La figura quedó olvidada sobre la arena. León se recostó, poniendo su cabeza en la cruz que formaban sus brazos; yo pensé en esa boca, y más tarde en la tierra que sobre el cementerio cubriría las estrellas de papá.

Dentro de poco será hora de levantarme; lo haré con cuidado para que Angélica no se despierte. Los ruidos de la calle van siendo cada vez más espesos, y la luz artificial de la calle cambia por la de la mañana. Ahora están en la misma proporción porque el farol de afuera aún no se apaga, y el sol apenas se ha anunciado. Pienso que esta noche en vela es la que tanto deseé cuando niño y que no pudo cumplirse porque siempre me dormía, sin llegar a ver las estrellas del alba que ahora miro.

La ropa sobre la silla parece aguardarme, indicándome que este momento terminará pronto. Angélica la coloca cuidadosamente cada noche. Es tan callada que a veces deseo con intensidad estar dentro de su silencio o en la serenidad de su voz. Dentro de sí Angélica lleva un mundo que no conoceré, ni aunque de mil maneras ella quisiera explicármelo. Ella no piensa en nada de esto, pero sé que de alguna manera lo siente: cuando nos encontramos separados y a la vez tan unidos en nuestros mundos diferentes, que ellos son los que nos acercan. Angélica nunca podría imaginar que sobre la hilera dispareja de cuadros que cubre la pared, frente a nuestra cama, entre retrato y retrato he formado a través de la constancia de mirarlos, una especie de carretera con los pocos espacios en blanco del muro, por donde camina mi mirada haciendo figuras geométricas, o bien encontrando la manera de rodear todos los marcos sin romper por un momento la continuidad de la línea. Tampoco sabe Angélica que los ojos de la niña triste junto a la pintura de la playa se hacen cada vez más grandes cuando con toda intención la miro fijamente, y se llena de humo todo lo que me rodea, para que sólo queden esos ojos y los míos ocupando la habitación, llegando a ser los mismos por un momento. Alguna vez esa niña me ha recordado los ojos de mi madre, a los que después de la muerte de papá no podía mirar fijamente, porque sentía que su figura se había elevado a causa del dolor, dejándome sólo el recuerdo de su imagen anterior a su abandono



del mundo para habitar en la ausencia de mi padre, como único lazo de unión entre ella y yo.

"Rafael, ¿te gustaría ir a la capital a estudiar?" me dijo Sofía una tarde.

No supe si lo deseaba pero me fui. Intenté realizar una idea que desde hacía tiempo llenaba mis horas de soledad: poder alejarme de las cosas sin que éstas desaparecieran, sino que al contrario, quedaran dentro de mí como algo tan propio que no necesitara ser tomado; seguir adelante con una fidelidad absoluta al presente, y haciendo presente todo lo pasado, pero sin detenerme en él. No podía distanciarme de mi mejor amigo. El se quedaba, pero esto de ninguna manera podía significar una separación entre nosotros; la distancia era abrir las puertas a nuestra amistad, haciéndola intemporal al quedar separada de todas las circunstancias, para que permaneciera en un lugar parecido a la niñez, a la que se puede hacer presente aun sin ser niño.

No me despedí de León. El día anterior a mi partida me quedé en casa sin asistir a nuestra secreta cita de todas las tardes en la playa. El me estaría esperando con impaciencia, pero pasado algún tiempo pensaría que algo me habría pasado, y regresaría a su casa. Al día siguiente alguien le hablaría de mi viaje y León, sin entristecerse, me desearía buena suerte, pensando en nuestra amistad con la misma mirada sin fondo que veía al cielo como al

espejo del mar. Pasé la tarde frente a la ventana del comedor, viendo cómo los tonos encarnados del viejo framboyán de la calle se dejaban envolver por las lívidas sombras del atardecer, hasta que se hizo de noche: mi última noche en casa. Entonces comprendí que mi amigo y yo quedaríamos grabados en algún sitio, intocables por el paso de los años y el abrazo del olvido... Por eso no pude decirte adiós, León, nunca nos lo hemos dicho.

A la mañana siguiente entré en la habitación de mamá para despedirme de ella. Estaba sentada en el diván del fondo, luciendo un vestido negro y una toquilla azul sobre los hombros. Sus rodillas se juntaban en el lugar donde ella sostenía la costura, para que después sus piernas, como dos vigorosas columnas, se separasen en el comienzo de los zapatos. Yo llevaba semanas sin entrar a su cuarto, y me pareció más oscuro que otras veces. Los muebles conservaban sus posiciones anteriores, pero con una sobriedad especial que no supe si era producida por la luz oscura que se filtraba por la cortina verde, o por la presencia rígida y concentrada en la costura de mi madre. Mientras esperaba que ella voltease a mirarme tuve la misma angustia que cuando niño tenía al entrar solo a una iglesia, lo que se convertía en pánico cuando me imaginaba haciéndolo de noche las veces en que no podía dormir. En mis ratos de juego me sentaba en el escritorio de papá, simulando ser una persona mayor aunque mis pies no llegaban siquiera a tocar el suelo. De cualquier forma manejaba a mi antojo el cortapapel y la cigarrera sobre la mesa, al igual que el retrato dividido en tres secciones, donde yo aparecía en medio de mis padres. ¡Qué separados estábamos! pensaba entonces: cada uno rodeado por un círculo de metal que nos impedía vernos los unos a los otros. Yo opinaba, aunque nunca se los dije, que deberíamos estar los tres en una sola foto, por lo que para consolarme cerraba el marco hasta que quedaba de una sola pieza, pero luego volvían a abrirlo en la misma forma de antes.

“¿Te vas Rafael?” levantó la vista, separándose por un momento de sus pensamientos, que seguramente quedarían prendidos en la tela que bordaba. Su voz sonó como si viniera de muy lejos, y mamá hubiera tenido que atravesar una distancia muy grande para llegar hasta mí.

A pesar de no hablarnos casi nunca, mamá y yo nos entendíamos muy bien. Yo comprendía que me quería más que a nadie, pero que dentro de ella había algo que la obligaba a alejarse del mundo que la rodeaba, e inevitablemente en ese mundo estaba yo. Su vida se había detenido en una esfera transparente, donde ella se resguardaba para que sus recuerdos no fueran recuerdos, sino una imagen continua de la felicidad que con mi padre encontró. Trataba de complacerme en todo, dándome a conocer sus deseos hacia mí a través de Sofía, que era la persona con quien mamá



tenía un contacto más directo, y la que desde la muerte de papá solucionaba la mayoría de los problemas de la casa.

Los ojos de mamá se humedecieron cuando los tuve tan cerca que me vi pequeño en su centro. Alzó los brazos hasta rodear mi cuello con sus manos, atrayéndome hacia sí para besarme, mientras yo contenía la respiración. Sus labios estaban fríos al principio, como si un árido invierno caminara por ellos; pero al besarme repetidas veces, se hicieron tan cálidos que me hicieron desear que ese momento pasara, y además no volverlo a recordar.

Sólo Sofía me acompañó a la estación. Llevaba puesto su vestido azul de las tardes de visita, y por él pude distinguirla del resto de la gente cuando miré por la ventanilla del camión. Entonces me di cuenta de que me iba; que dejaba todo de la misma manera como se cierra un libro para comenzar con otro, y no supe por qué lo hacía. De pronto, el vestido azul fue haciéndose pequeño, y la brisa del mar se hizo lejana. El asiento me quedaba demasiado grande, por lo que tuve que llenar sus huecos de recuerdos y proyectos para el futuro.

Fue una tarde de viaje interminable. Del otro lado de la carretera, los coches iban encendiendo sus luces cuando empezaba a oscurecer, hasta que al llegar la noche los faros parecían inmensos ojos que vigilaban el camino, y dejaban ver el tejido de los árboles con las montañas. Cuando los coches dejaban de pasar

y el panorama quedaba en penumbra, sentía que detrás de los montes me aguardaban rostros y figuras desconocidas, lo que me hizo pensar en León; como si cada uno de esos espectros fuese alguna de las palabras que él no encontraba. "Ah, León, nunca sabemos cuándo va a llegar hasta nosotros la última vez. Es tan inesperada que a veces olvidamos que siempre llega, y cuando lo hace, sólo se nos revela en la distancia, en el momento en que ya no nos pertenece nada. Hace únicamente dos semanas que jugábamos a las cartas en la cubierta del barco de tu primo, mientras bebíamos ginebra y me enseñabas a fumar. Luego sugeriste que nos desnudáramos para nadar en aquella hora de la noche que era tu favorita: cuando todavía se separan en el ambiente algunos grumos color violeta, que el mar se va tragando hasta dejarlo todo oscuro. Las olas se levantaban a gran altura, y nosotros las perseguíamos, corriendo hacia la arena cuando los dedos de cristal de la inmensa garra intentaban revolcarnos. A nuestras espaldas el remolino de agua se quebraba en nacaradas burbujas, que se desvanecían al tocarse unas a otras o cuando el mar las volvía a jalar. Agotados de perseguir a las olas, nos tendimos en la arena seca, que se humedecía con las ligeras gotas que resbalaban por nuestra piel. Esa noche el tiempo parecía quedar inmóvil y



nosotros íbamos a su encuentro: como si en nuestras manos vacías quedara demasiado espacio libre y no supiéramos qué hacer con él. Me hablaste de la mujer que amabas, y por la expresión de tus ojos, yo esperaba que Lucía apareciese en cualquier momento, al igual que si tus palabras dieran vida a la noche y de ella pudiera surgir una mujer. Por el bolsillo de tu pantalón sobre la arena se asomaba su fotografía, y te pedí que me la enseñaras. Ella era una mujer blanca, pero no obstante tenía un gran parecido contigo. Recuerdo que te dije que en sus ojos había el mismo foquito de luz que brillaba en tu mirada, el que se acentuaba cuando tú repentinamente te quedabas callado, tal vez pensando en aquella figura de madera que un día me enseñaste, y que los dos olvidamos en la playa."

Ahora, que he soñado en el sueño de Angélica, que he recordado mis palabras hacia ti en el camión, miro la grieta del techo; sí, parece una boca. Tal vez haya encontrado el reflejo perdido de las palabras que nunca pronunciaré en esta ruptura, porque cuando la miro no puedo despegar los labios y me siento solo, y pienso que a nadie podré decir cómo es y que la he encontrado.

Creo que a través de ti, León, yo también me enamoré de Lucía. ¿Por qué la dejaste? te pregunté en aquella nuestra última conversación. Pero creo que yo ya sabía la respuesta, tú la querías dormida en su propia imagen, para que así, sin que el tiempo la modificara, fuera sin ser más tuya que nunca. Dejarla era la única manera de que se quedara suspendida en algún sitio, tal vez en ese que la boca inerte señalaba.

Ahora, todo se ha confundido y no sé si me encuentro en aquella playa, en el autobús que me trajo a la capital, o junto a Angélica. Todo se ha sobrepuesto a todo, y se hace un sólo lugar; desde el que te pregunto, León ¿por qué para conservar algo es necesario renunciar a ello?. Pero si estuvieras aquí, tú sólo me mostrarías la figurilla de madera que nos perturbó a los dos, como única respuesta, como un espejo en el vacío que de tanto no tener que reflejar ya no se sabe espejo.

Ya es la mañana. La habitación se ha iluminado por completo, y parece que las cosas se han desprendido de su misterio para ser las mismas de siempre: las que se llenan de polvo que Angélica limpia; las que escuchan nuestras conversaciones sin intervenir. Siempre me ocurre que confundo esta ventana y la de la habitación de cuando era niño. Pero creo que no debería confundirlas porque en realidad son una sola ventana. Las cosas, por más distanciadas que estén entre sí, se hacen la misma cuando por ellas puede pasar la húmeda huella de una mano, la soledad de mirar a la lluvia y no poder ser lluvia también; y ellas guardan el secreto.

Angélica va a despertar, y cuando lo haga va a sorprenderse de que me haya despertado antes que ella. Le diré que la pintura del techo se está desprendiendo y tenemos que repararlo.